

ENFERMEDAD MENTAL APROXIMACIÓN Y COMPRENSIÓN DESDE EL REPORTAJE LITERARIO NARRATIVAS DE VIDA A TRAVÉS DE LOS ESPACIOS

Estefanía Herrera Agudelo¹

RESUMEN

A partir de la reivindicación del concepto de enfermedad mental y del entendimiento de esta como una totalidad que define, no solo las relaciones que se establecen con los otros, sino el entendimiento del lugar en el mundo que ocupan quienes la sufren y la forma en que lo construyen a partir de la palabra, se despliega la necesidad de abordar la construcción de los espacios –como lugares de la existencia– a partir de las narrativas de vida y los mecanismos de comprensión que permite el abordaje desde el reportaje literario.

Palabras clave: enfermedad mental, reportaje literario, comprensión, narrativa de vida, espacios.

¹ Comunicadora en Lenguajes Audiovisuales de la Universidad de Medellín. Estudiante de la Maestría en Periodismo de la Universidad de Antioquia. **Correo electrónico:** estefania.herreraa@udea.edu.co

ENFERMEDAD MENTAL: APROXIMACIÓN Y COMPRENSIÓN DESDE EL REPORTAJE LITERARIO NARRATIVAS DE VIDA A TRAVÉS DE LOS ESPACIOS

El concepto de enfermedad mental

Aunque los intentos expresos de clasificar las enfermedades humanas se remontan a fuentes lejanas como los papiros egipcios, que advertían un entendimiento de los cuerpos como organismos sobre los que se extendían padecimientos internos y externos, o a los escritos hipocráticos, que a partir de una naturaleza sintomatológica proponían tres categorías de enfermedad –cabeza, piel y cavidad; siendo estas contenedoras de subgrupos de alteraciones articulares, intestinales y de diversos tipos de fiebre–, o incluso son más cercanas las clasificaciones medievales italianas basadas en teorías humorales y sugerencias de influencias exteriores malignas; no fue sino hasta el siglo XVI, con el *Universa Medicina* de Jean Fernel de 1554, seguido por la *Opera Omnia* de Thomas Sydenham publicada 131 años después, que se implementó un proceso juicioso de sistematización fundamentado en el conocimiento y el ordenamiento categórico de las enfermedades y sus procesos.

A este tipo de tratamiento formal de la enfermedad le siguió François B. de Sauvages de Lacroix, quien propuso un sistema de clasificación basado en los principios de ordenación botánicos. Esto dio origen a la *Nosologia Methodica*, una obra estructurada bajo el principio de diez clases de enfermedades, subdivididas en 300 órdenes, que, a su vez, se subdividen en géneros, que marcó el itinerario académico que a futuro seguirían investigadores como William Cullen y John Mason Good –con *Synopsis Nosologiae Methodicae* y *A Physiological System of Nosology*, respectivamente– e impulsó el origen de las diferentes publicaciones que William Farr y Marc d’Espine harían acerca de la pertinencia de la incorporación de un componente estadístico en el proceso de clasificación. En 1893, el francés Jacques Bertillon alcanzaría los objetivos de unificación internacional del lenguaje médico con la creación del famoso sistema estadístico y nomenclátor *International List of Causes of Death*.

Finalmente, respondiendo a la complejidad creciente de las ciencias médicas, el 18 de agosto de 1900 se llevó a cabo la primera revisión oficial de la Lista durante el Congreso Internacional de Higiene y Demografía en París. Este encuentro dejó como resultado la primera publicación de lo que sería, 50 años más tarde, la sexta versión de la *International Statistical Classification of Diseases and Related Health Problems*, un inventario que presentó su versión –ICD-11– en septiembre de 2020 de manos de la Organización Mundial de la Salud, institución que, tras su creación, se hizo cargo de su administración.

Once revisiones de esta lista han sido publicadas a lo largo de los últimos 120 años con la intención de mostrar los avances conquistados por las ciencias médicas y la estadística en función de la salud; sin embargo, no fue sino hasta la sexta revisión decenal que la clasificación dejó de llamarse *International List of Causes of Death* para adoptar el nombre actual, con el cual, además de cambios formales, vinieron otros aún más significativos en términos de contenido y aplicación. La ICD-6, ya con su nombre oficial, incluyó por primera vez las condiciones de morbilidad –y no solo las de mortalidad, que eran las únicas registradas en las versiones anteriores– dando paso al entendimiento de la enfermedad no solo como aquello que se debe medir en cuanto es causa de muerte –es decir, cuyo fin es la muerte– sino como una categoría de incidencia que, al afectar a la población, merece ser gestionada a través de estrategias de atención y contención que reduzcan su fatalidad.

A este cambio en las consideraciones de valoración se sumó otro de gran significancia: la sección V dedicada a «Intoxicación y envenenamiento crónico» fue eliminada, y en su lugar se introdujo un nuevo grupo: «Trastornos mentales, psiconeuróticos y de la personalidad». Tras siglos de labores extensas de ordenamiento, las alteraciones de la mente adquirieron completitud: pasaron a ser nombradas como una totalidad en términos patológicos de la enfermedad y, con ello, se abrió el paso al destierro de ese abordaje de «alienación» en el que la pérdida de sí se configuraba como causa contributiva de muerte –como lo sugerían las listas previas– y, por lo tanto, como un elemento meramente subsidiario a la enfermedad.

Bajo este nuevo paradigma, acompañado por la aparición simultánea del *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (DSM) de la Asociación Americana de Psiquiatría como manual subsidiario del ICD enfocado en los trastornos mentales², las categorías relacionadas en el capítulo de trastornos mentales incluyeron una descripción narrativa de los contenidos propios de estos, con la intención de promover su entendimiento a partir de medidas estandarizadas en el ámbito internacional que supusieron una vuelta en el lenguaje, pues a través de la forma en cómo se nombra la enfermedad y el sujeto que la padece, se reasigna su espacio en el mundo de las representaciones.

En un sentido gadameriano, y como producto de esta novedad que, por ser un acontecimiento de la palabra fue también un acontecer de la cosa misma y una concreción de sentido (Esquisabel, 2001), se retomó la experiencia de la corrección de las palabras, la búsqueda de que las formas semánticas correspondieran de manera cercana con el pensamiento y con lo que, en este caso, se quería expresar

² Si bien uno de los manuales más utilizados en el presente es el *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*, no es este el punto de referencia para este rastreo del concepto de enfermedad mental, pues su aparición fue tardía y, en la actualidad, ha sido blanco de fuertes críticas por parte de la academia.

frente a la enfermedad. Se dio paso a la correspondencia entre la palabra y la cosa y, con esto, se reafirmó que “el acto de habla, como tal, implica una vinculación comunicativa: el acto de habla es una oferta de participación en la comunicación, dice algo a alguien y, como tal, pretende ser aceptado, posee una ‘pretensión de validez’” (Gadamer, 1990a, p. 409 como se citó en Esquisabel, 2001).

En este mismo sentido, se demostró cómo

la palabra liga a los hablantes entre sí, porque posee la forma del diálogo (Gadamer, 1990b, p.192). Por otra parte, es en el acto de habla como oferta comunicativa donde se constituyen y precipitan las significaciones. [...] en la medida en que apunta a un sentido que se renueva en cada acto de habla y que, por tanto, constituye nuevas ofertas de diálogo: el sentido es un espacio abierto para la continuación de la conversación (Gadamer 1990b, p.194) (Esquisabel, 2001).

De esta manera, atendiendo la relación entre lenguaje y mundo, se decreta la estructura y la organización de la experiencia de quien sufre y se distancia de esa representación de la enfermedad nacida de las categorías botánicas que, clasificando los padecimientos con fórmula taxonómica, se alejaban de las complejidades dimensionales de los procesos de enfermedad mental. Asimismo, a raíz esta nueva configuración, se continúa desprendiendo la necesidad constante de reestructurar y repensar las realidades que se construyen a partir de esos nuevos sentidos, pues un desajuste en el lenguaje es la expresión del inicio los problemas filosóficos. Así lo afirmaba Wittgenstein: “Los problemas filosóficos aparecen cuando el lenguaje se va de vacaciones” (1986, p. 38). Para Wittgenstein una vez cambiado el lenguaje, cambiaba la forma de estar en el mundo, pues el lenguaje es una actividad compleja y dinámica en el cual las funciones de las palabras son tan diversas como las funciones de los objetos (Wittgenstein, 1986, p.11).

Este proceso de reconfiguración de la realidad de las personas con enfermedades mentales se mantiene en el tiempo gracias a la apertura en el acceso a la categoría de enfermedad que se produjo en 1948. Esto permitió, en lo consecutivo, la transformación y replanteamiento de las condiciones humanas a partir de precisiones en el lenguaje que, como incendio, provocan la constante reestructuración de las realidades de quienes se aceptan como enfermos, pues sus narraciones permiten el mantenimiento de sus mundos.

Por esta razón, y con el ánimo de tratar de comprender esos universos de quienes cuyas mentes sufren, es importante abordar la relación que establecen las personas con los espacios que habitan y las narraciones que hacen de estos (y que constituyen un doble habitar: el espacio físico y el espacio del lenguaje), ya que estos campos, más que lugares geolocalizables, son territorios de la palabra. Además, en el sentido que Ricoeur (2004) anuncia que todo narrar es un narrar algo, que no es narración sino proceso de vida, este proceso permite entender los caminos mentales –con sus consonancias y disonancias– como unos fenómenos

personales que se construyen a partir de los conceptos y textos sociales que entran en interacción con la experiencia propia de lo que se conoce como realidad y la forma en que esta es narrada; es decir, el entendimiento del otro a partir de la interpretación de sus narraciones. Ese proceso de interpretación–comprensión se plantea entonces como base para entender otras realidades que, de otra forma, serían inaccesibles.

Por esta inaccesibilidad es que, en el mundo «actual real», entendido por Guattari (1992) como ese en que converge un mismo flujo discursivo –el de los «sanos» mentalmente, en este caso–, es frecuente encontrar problemas en la interpretación/asociación de conceptos; pues hay una variación, más o menos estable, entre los sentidos que estos detonan. Esta experiencia personal del concepto es la raíz de los ruidos, siempre frecuentes, que tenemos a nivel comunicativo; esto, en tanto la aprehensión del mundo, mediada justamente por los conceptos, es una fuente importante en la construcción de la diferencia; sin embargo, frente a esto, logramos crear un sistema de ideas, más o menos uniformes, que nos permite comunicarle al otro los sentidos que le damos al mundo y que nos permite entrar, precisamente, en ese flujo discursivo compartido.

Ahora bien, si en el «actual real» es complejo establecer la comunicación de sentidos, imaginemos la dificultad que puede existir en el mundo «virtual real» –entendido también en el sentido guattariano– para conseguir este mismo objetivo. Esto es, para aquellos que habitan los terrenos virtuales reales –por los que, en este caso, transitarían los «locos»– la dificultad de generar un flujo discursivo común que los traiga de la virtualidad a la actualidad.

De esta forma, las narraciones que tienen de sus hábitats se convierten en el vehículo que los acerca a la comprensión de estas realidades enigmáticas, tan comunes entre nosotros, pero tan ajenas. Finalmente, en esta lógica virtual, los conceptos dejan de ser entonces un abstracto meramente lingüístico y se convierten en un abstracto fáctico que se goza y se sufre; es decir, se alcanza la experiencia del concepto, la experiencia del espacio a partir de los conceptos. El cuerpo se construye a través del lenguaje.

Narrativas de vida a través de los espacios

Tras el abordaje del concepto de enfermedad mental que se ha construido en Occidente y que, desde su proceso de asignación y resignificación determina la forma en la que hoy se piensa y se entiende a quienes la padecen, es preciso continuar con la relación que se establece entre la palabra y las formas de habitar. Esto, con el fin de avanzar en la propuesta de una aproximación hacia una comprensión de la enfermedad mental a través de las narrativas de vida y de los espacios que se expone en este artículo.

Al momento de describir las relaciones estructurales que permiten entender el papel del lenguaje en la construcción de las diferentes formas de habitar el mundo se puede recurrir a campos de estudio como la semiótica, la hermenéutica, la psicología –o aquellos derivados propiamente de las ciencias del lenguaje– e, incluso, inclinarse por explicaciones un tanto más deterministas como los procesos básicos de la maquinaria biológica y la neurociencia. Sin embargo, en consecuencia con el objetivo aquí expresado de descifrar el vínculo expreso de la experiencia del espacio con la palabra, se recurre a un abordaje de carácter filosófico que, partiendo de la correlación fenomenológica entre la conducta humana, sus expresiones y acciones, y los intentos por narrar la experiencia obtenida a través de esta, consiga entender las interpretaciones y perspectivas del acontecer.

Ahora bien, en concordancia con este enfoque, y bajo la necesidad de un método investigativo que conduzca al conocimiento de cómo se crea la estructura básica de la experiencia humana –y su significado– a partir de las construcciones simbólicas y la palabra narrada, es preciso examinar estas subjetividades desde los recursos que la biografía o la historia de vida permiten en tanto vehículo de ingreso a la conciencia.

En *La vida: un relato en busca de narrador* el filósofo Paul Ricoeur se pregunta: “¿Qué es una vida narrada?”. Para esclarecer este interrogante y abordar la relación sustancial que existe entre vivir y narrar, Ricoeur propone examinar, en primera instancia, el acto mismo de narrar, pues considera que esta duda es, justamente, producto del relato y de la actividad narrativa. De esta forma, plantea una teoría sobre la narración que

es bastante reciente, ya que en su forma más elaborada procede tanto de los formalistas rusos y checos de los años 20 y 30 como de los estructuralistas franceses de los años 60 y 70. Pero, a la vez, también es una teoría bastante antigua, en la medida en que ya la encontramos prefigurada en la Poética de Aristóteles. [...] Por mi parte, retengo de la Poética de Aristóteles su concepto central de construcción de la trama, que se dice en griego *mythos* y que significa al mismo tiempo fábula en el sentido de historia imaginaria y trama (en el sentido de historia bien construida) (Ricoeur, 2006).

A partir de ese concepto aristotélico de construcción de la trama es que Ricoeur sugiere reformular la relación propuesta entre relato y vida. En este sentido, lo que Aristóteles denomina trama no es una estructura estática, sino una operación –a manera de tratamiento integrador–, un trabajo de composición que consigue que la historia narrada adquiera una identidad dinámica; es decir, que lo narrado se convierta en una historia singular y completa.

Esta visión integradora de la construcción de la trama está, entonces, relacionada con una síntesis de elementos heterogéneos dada por la composición de unos “acontecimientos o múltiples sucesos y la historia completa y singular” (Ricoeur, 2006). Dichos elementos expresan la capacidad humana de construir historias

a partir de diversas formas de experiencia que adquieren la impronta de acontecimiento, abriendo el paso por los diferentes caminos narrativos que buscan hacerle saber al otro la experiencia vital acontecida, o, al menos, permitirle que conozca una porción.

En esta línea, Ricoeur (2006) afirma que “la historia narrada es siempre más que la simple enumeración, en un orden seriado o sucesivo, de incidentes o acontecimientos, porque la narración los organiza en un todo inteligible”. Esto contrasta con la idea de Hoshmand (1996) de unas narrativas que “son unidades de discurso organizadas que tienen como función interna central el relato de una historia”, una visión que se encuentra anclada en una perspectiva racionalizada de la narración y que, en ningún caso, es objeto de interés en la propuesta aquí desarrollada.

Del mismo modo, dicho proceso de intelección no se queda solo en el trabajo de ordenamiento narrativo temporal que construye el relato, sino que, con el ánimo de convertirse efectivamente en una trama (pues las acciones casi siempre se encuentran dispuestas simbólicamente), acoge las circunstancias encontradas durante su desarrollo –coyunturas deseadas y no deseadas–, atiende los agentes de las acciones y quienes las sufren y, adicionalmente, ampara los conflictos y medios a través de los cuales se obtienen los resultados o soluciones, así como la comprensión de sí que se realiza a partir de estos.

De esta forma, “la reunión de todos estos factores en una única historia hace de la trama una totalidad que podemos denominar a un tiempo concordante y discordante” (Ricoeur, 2006), pues solo mediante estas relaciones es posible encontrar «la identidad narrativa»³ que convierte a alguien en narrador de sí; es decir, abre espacio al concepto de subjetividad, que no es “ni una sucesión incoherente de acontecimientos, ni una sustancialidad inmutable inaccesible al devenir. Es justamente el tipo de identidad que solo puede crear la composición narrativa por su dinamismo” (Ricoeur, 2006).

Esta idea retoma lo planteado por Jones (1983, citado en Chárriez, 2012) acerca de que

las historias de vida ofrecen un marco interpretativo a través del cual el sentido de la experiencia humana se revela en relatos personales de modo que da prioridad a las explicaciones individuales de las acciones más que a los métodos que filtran y ordenan las respuestas en categorías conceptuales predeterminadas.

Posición que, además, conversa con los planteamientos de Blumer (1969, citado en Chárriez, 2012) sobre un actuar humano sostenido a partir de los significados de las cosas y los acontecimientos, y de una historia de vida en cuya narración

³ El concepto de identidad narrativa fue introducido, por primera vez, por Ricoeur en *Temps et récit III*, obra en la cual desarrolla su definición a partir de las variaciones imaginativas de la experiencia propia a través de las cuales se aspira a alcanzar la comprensión narrativa de sí.

influye la forma en que se experimentan los fenómenos que conforman la realidad para sí interpretada.

Por otro lado, bajo esta lógica identificativa, Ricoeur (2006) propone tres anclajes sobre los cuales el relato se puede apoyar para encontrar, a partir de la experiencia viva del actuar y del sufrir, la forma narrativa que lo dotará de significado. El primero de estos responde a la estructura del actuar y del sufrir humanos, características diferenciadoras frente a la vida animal, a base de una red de expresiones y conceptos que la palabra permite en torno al reconocimiento y comprensión de los acontecimientos, la semántica de estos y la conciencia de trama. El segundo anclaje reside en los recursos simbólicos del campo práctico, aquel que “va a decidir qué aspectos del hacer, del poder-hacer y del saber-poder-hacer son resultado de la transposición poética” (Ricoeur, 2006), ya que parte de la idea de que las acciones y acontecimientos pueden ser narrados en tanto los preceden signos y símbolos que, además, son convenciones culturales que responden a interpretaciones contextuales. Finalmente, el tercer anclaje del relato en la experiencia viva consiste en la cualidad prenarrativa de la experiencia humana, atributo mediante el cual se ejerce “el derecho a hablar de la vida como una historia en estado naciente y, por lo tanto, de la vida como una actividad y una pasión en busca de relato” (Ricoeur, 2006). Según esta áncora, los mecanismos por los cuales comprendemos los acontecimientos no están limitados a la relación que se tenga, o no, con la red conceptual de la acción del primer anclaje, sino que estos también pueden comprenderse a través de la evocación.

Al mismo tiempo, estos puntos de apoyo enunciados por Ricoeur permiten ingresar a otra descripción de carácter estructural e, incluso, instrumental/sistemático que encauza el flujo de las historias de vida. En este sentido, McKernan (1999, citado en Chárriez, 2012) propone tres tipos de historias de vida, segmentadas en completas, temáticas y editadas. Las primeras, las completas, buscan cubrir la vida entera del narrador –en tanto unidad temporal de sucesiones o digresiones– y su interés se sitúa en la búsqueda de una totalidad en construcción. Por su parte, las segundas o temáticas son aquellas que, contrarias a una búsqueda temporal, se decantan por los rasgos particulares de la vida del sujeto, suscitando un abordaje más categórico/conceptual; y, finalmente, como punto de unión, las del tercer tipo corresponden a aquellas que se caracterizan por la presencia de comentarios e impresiones alrededor de esas historias de vida completas o temáticas.

Para esta propuesta de una aproximación a la enfermedad mental desde el reportaje literario (tema que se relacionará en el último apartado de este artículo) se propone un cuarto tipo de historia de vida encuadrada en una idea de pertenencia que busca la articulación de las historias completas con las temáticas a través de los criterios de necesidad y voluntad; es decir, la auscultación de una historia completa a través de la temática fija de la enfermedad mental que conduzca a que la exposición de la narración sea tan necesaria como lo considere –a voluntad–

quien narra. Asimismo, el propósito de un enfoque completo, transversalizado por una temática, retoma dos de las cuatro dimensiones propuestas por Cornejo (2006) para abordar las historias de vida, la constructivista y la clínica, apelando entonces a narraciones provenientes del procesamiento de la experiencia propia y a la comprensión profunda de un individuo singular y sus relaciones intersubjetivas, respectivamente.

De esta forma, la búsqueda de la «identidad narrativa» que propone Ricoeur y los mecanismos de historia que permiten atisbarla nos lleva a afirmar que el sujeto mismo es una manifestación de la narración y que, como tal, la trama subjetiva es aquella que le posibilita identificarse y narrarse al ritmo en el que construye su propia subjetividad –que bien puede cambiar o mantenerse en el tiempo, pues la enfermedad, como ya vimos en el primer apartado de este artículo, es también un concepto dinámico que permite reescribir las dichas y sufrimientos de aquellos que han sido signados con la enfermedad–.

En este punto, antes de dar paso a la propuesta de la construcción de narrativas de vida a través de los espacios de la que se ocupa este artículo, conviene recordar la síntesis que Cia Lamana (1999) hace del prólogo de la *Fenomenología de espíritu* de Hegel: “El concepto se narra”. Esto es: el espacio también opera como un concepto en sí mismo y detona narraciones en tanto es el escenario de los acontecimientos múltiples que conforman la historia de vida. En otras palabras, al narrar el espacio se narra la vida.

En la búsqueda de la interrelación que existe entre el espacio que habita un sujeto y la forma en que sus percepciones –que más tarde derivan en acciones– lo van construyendo, así como la forma en que, de manera invertida, se piensa el papel del espacio en la construcción de relatos, es importante revisar la propuesta de Losada (2001) en la que reivindica la tríada conceptual de Henri Lefebvre⁴, presentando al espacio como una

dimensión inescindible de la vida humana, el ámbito del comportamiento. Pensado de este modo, el espacio, percibido por medio de todos los sentidos, adquiere una determinada significación para quienes viven inmersos en él; la cual deviene de la experiencia continua y cotidiana de la vida que allí tiene lugar.

De esta forma, se propone una significación espacial estrechamente ligada a la experiencia de vida y a las huellas de esta en la configuración de la subjetividad, lugares desde donde se da paso no solo a la continuidad del comportamiento, sino también a las interpretaciones a través de las cuales el sujeto adquiere dominio del propio universo simbólico y consigue la conversión de la experiencia vivida en experiencia narrada.

⁴ Filósofo francés. En su obra *La producción del espacio* (1991), Lefebvre propone una tríada conceptual compuesta por las prácticas espaciales, las representaciones del espacio y los espacios de representación, como puntos clave en el estudio del concepto de espacio.

Losada (2001) plantea tres dimensiones que sintetizan las cualidades formales del espacio, las maneras de existir en este según los comportamientos y las significaciones del espacio, con el propósito de perfilar una semiótica del espacio. La primera de ellas es la dimensión formal o icónica, que corresponde a aquella en la que el espacio aparece como el ámbito en el que se desarrolla el comportamiento y desde la cual se presentan las variaciones basadas según las estructuras físicas y sociales –habitación, vivienda, barrio o ciudad–. A la segunda dimensión le asigna el carácter de indicial o existencial, que se refiere a las modificaciones progresivas del comportamiento que pueden producirse en el espacio a partir de las ausencias y las presencias. Por último, la tercera de ellas corresponde a la simbólica o valorativa, que apunta a la concepción del espacio como ámbito perceptual, afectivo, memorizado, representado, expresivo, cognoscitivo, comunicacional e ideológico.

La caracterización de estas dimensiones parte de la teoría de Benjamin Lee Whorf que dice que la mente del ser humano registra y estructura los elementos de la realidad de acuerdo al idioma que posee. Esta teoría concluye que la forma de habitar los mundos sensoriales se encuentra estrechamente ligada a la cultura del sujeto y al habla que lo representa, lo cual, además, obliga a pensar en el espacio vivencial como ese ámbito donde la actividad humana se desenvuelve, pues un espacio vivencial no puede ser concebido como otra cosa que no sea el espacio donde se instala la vida. Así lo plantea Graf Dürckheim (citado por Bollnow, 1969): “El espacio concreto es distinto según el ser cuyo espacio es y según la vida que en él se realiza”. Esta posición conversa con lo propuesto por Foucault (1968) acerca de la necesidad del espacio en el desarrollo del pensamiento y del lenguaje. Para Foucault estos dos procesos, lenguaje y pensamiento, necesitan un lugar común –concreto– que permita al pensamiento llevar a cabo un ordenamiento de los seres, una repartición en clases, un agrupamiento nominal por el cual se designan sus semejanzas y sus diferencias, allí donde, desde el fondo de los tiempos, el lenguaje se entrecruza con el espacio”.

En este sentido, y bajo la mirada propia de la enfermedad mental que ofrece Foucault en *Enfermedad mental y personalidad*, García (1999) expresa que

el espacio vivido del enfermo toma formas propias, sus coordenadas lo alejan del mundo social, lo introducen en un espacio privado con su propia temporalidad. Las distancias desaparecen, sumergiéndose el enfermo en “un espacio mítico, en una especie de cuasi espacio en el que los ejes de referencia son fluidos y móviles”.

Afirmación que el mismo Foucault (1996) confirma en una de sus conferencias en la Universidad Saint–Louis, en Bruselas:

Creo que nadie había soñado que el lenguaje, después de todo, no era cosa de tiempo sino de espacio [...] De hecho lo que ahora se está descubriendo, y por mil caminos, que por lo demás son casi todos empíricos, es que el lenguaje es espacio.

García (1999) expone cuatro razones, desde el camino de la teoría lingüística, sobre las que esta afirmación se sustenta. Primera: cada elemento del lenguaje solo adquiere sentido en la red de una sincronía. Segunda: el valor semántico de cada palabra o de cada expresión está definido por el desglose de un cuadro de un paradigma. Tercera: el orden de las palabras obedece a exigencias arquitectónicas espaciales y a una sintaxis. Cuarta: solo hay signo signifiante mediante una serie de operaciones definidas en un conjunto; es decir, en un espacio. Así lo que permite a un signo ser signo no es el tiempo sino el espacio. Y, aunque estas razones partan de postulados cientificistas que no se relacionan directamente con el caso del papel del espacio en las narraciones de la enfermedad mental, son motivos que proporcionan argumentos formales –siempre tan necesarios– a la hora de materializar relaciones tan abstractas como la del lenguaje y el espacio.

Por último, partiendo de los abordajes de las narrativas de vida en torno a la espacialidad y, sobre todo, de la propuesta realizada por Foucault acerca del papel de la enfermedad mental en ambas dimensiones (lenguaje y espacio), es posible afirmar que, a partir del fenómeno de la lingüisticidad del que habla Gadamer, la experiencia vivida adquiere la facultad de presentarse como relato y este, en tanto fenómeno narrativo –como también lo afirma Sartre– entra a formar parte de la subjetividad de los narradores y sus procesos de interpretación y significación del mundo que experimentan, mundo que puede ser tan dinámico como estable. De esta forma, el relato de la enfermedad –reconocida e interpretada desde un lugar particular en el mundo– puede cambiar con la reconfiguración del cuerpo en los espacios, y estos, al ser narrados desde la enfermedad, terminan adoptando significaciones inusuales.

La palabra, entonces, es la vida misma.

Reportaje literario como espacio de comprensión de las narrativas de vida

Viaje al manicomio es una obra autobiográfica que narra las estancias de Kate Millet –escritora estadounidense, feminista y activista por los derechos civiles– en centros psiquiátricos durante los años setenta y ochenta. Esta novela de no ficción sirve de ejemplo de cómo el relato de los hechos y la esteticidad de la palabra hacen dúo para denunciar, de manera contundente, las atrocidades, resistencias y renunciaciones que ocurren al interior de los psiquiátricos, en un sentido que, más que informar sobre lo ocurrido, presenta una mirada crítica y comprensiva del sufrimiento psíquico y el dolor humano.

Bajo este enfoque comprensivo, los hechos narrados por Millet que tuvieron lugar en clínicas como el Highlands Hospital en Oakland, el Herrick en Berkeley o en el Our Lady's Hospital en Ennis, Irlanda, son elevados al nivel de acontecimientos que, a partir de su publicación, testifican cómo una experiencia individual se convierte en memoria colectiva.

Así las cosas, es esta calidad comprensiva la que, precisamente, nos remite a pensar en el alcance de este término: comprensión, un concepto amplio que bien puede entenderse como método o como proceso intersubjetivo.

En este abordaje se presenta entonces una dimensión epistemológica que tiene como propósito encontrar relaciones –integrar– entre las experiencias propias y las ajenas; es decir, entre el pensamiento o saber propio y el de otro que diverge de este, procurando que la diferencia se convierta en un elemento que permita la producción de conocimiento en medio de la diversidad y que estime que no hay juicios definitivos en dicho encuentro de relaciones. Por otro lado, este abordaje desde una noción intersubjetiva va más allá de un proceso intelectual y causal, puesto que esta implica una interacción entre sujetos que, a su vez, interactúan con los motivos, propósitos e intenciones que los mueven, así como con la capacidad para situarse en el lugar de otro mediante dispositivos como la identificación y la empatía (López, 2009).

Afirmar que el método de las ciencias naturales es la explicación y el de las ciencias sociales es la comprensión (Droysen, 1983) es la premisa –a manera de juicio epistemológico– sobre la cual se ha sustentado la controversia de vieja data entre explicar *erklären* y comprender *verstehen* (esa comprensión significativa, intersubjetiva, que se pone en el lugar de los demás para ver las cosas desde su perspectiva, como la define Macionis (2010) en sus intentos por diferenciar la sociología interpretativa de la positivista). Podría decirse que la diferencia entre estos dos conceptos reposa en que, mientras para explicar se buscan las causas materiales (ontológicas) de un acontecimiento y las estructuras empírico-reales de la naturaleza, para comprender se buscan las razones del fenómeno en cuestión y el significado social de esas estructuras naturales (Salas, 2005). Esto provoca una serie de debates en los que, con frecuencia, coinciden cuestiones metodológicas e ideológicas en defensa de una complementariedad que no busca favorecer a ninguno de los dos –aparentes– extremos.

Ahora bien, como advierte Salas (2005):

Si analizamos con cuidado, por ejemplo, el tema de la explicación y la comprensión nos percataremos de que hay ámbitos, o sea, problemas específicos, en los que la explicación es mucho más factible que en otros y, por su parte, hay problemas en los cuales no es posible una explicación causal, resultando necesario, por ende, valerse de argumentos comprensivos. En definitiva: todo depende de los casos o problemas concretos que se encuentren bajo nuestro estudio.

Y es precisamente este carácter casuístico el que hace necesaria la introducción de una mirada comprensiva –integradora– en el campo periodístico, a través de la cual se aborden las historias con sus textos y subtextos. Esta mirada podría presentarse en forma de interpretación, como un vínculo que dé origen a procesos complejos constituidos por la explicación y la comprensión (Ricoeur, 2006), lo

cual llevaría el asunto de la comprensión de las historias a un nivel que superaría el que se alcanza trabajando exclusivamente bajo parámetros de un análisis explicativo o de un abordaje dialógico desde la interacción.

De esta forma, es ineludible la aplicación de una visión interpretativa que permita que el periodismo, especialmente aquel con enfoque literario, contenga dentro de sí una capacidad comprensiva en el sentido cognitivo e intersubjetivo, pues este campo del conocimiento, por su naturaleza misma, requiere de un trabajo factual y explicativo que converse con las incertidumbres y preocupaciones más profundas de la condición humana.

Esta visión interpretativa permite, entonces, que el periodismo se ocupe de las personas –sus realidades, comportamientos, sentimientos, luchas– a través de los hechos, acciones y acontecimientos que la realidad objetiva –ese «afuera», con sus datos, argumentos, ideologías y paradigmas– les provee como marco epistemológico. Además, sirve de impulso para reflexionar sobre el papel que se le ha asignado históricamente al periodismo en el campo de las ciencias sociales y humanas, y promueve dentro de este un pensamiento comprensivo que cuestiona constantemente las teorías, prácticas y hábitos bajo los cuales ejerce.

Ahora, con relación al tema que impulsa este artículo y para introducir el vínculo entre comprensión y enfermedad mental, Dilthey (citado en Torres, 2016) plantea que la psicología analítica junguiana estudia tanto la uniformidad grupal como los hechos individuales, y que tiene la función principal de “unir estas dos realidades opuestas del mundo humano; enfatizando –sobre el tema de la comprensión de los otros– el rol fundamental del comprender, que consiste en revivir y no en reproducir objetivamente”. Y este carácter comprensivo, por extensión y de acuerdo a las corrientes siguientes, también opera en los demás corpus teóricos de la psicología.

Salas (2005) plantea en un caso propiamente psiquiátrico:

Hoy día es más o menos aceptado de que determinados factores fisiológicos (determinables médica y químicamente) juegan un papel en ciertas formas de agresión y, por lo tanto, en la comisión de ciertos delitos. Sería absurdo que el derecho o la sociología criminal cerrara las puertas a este tipo de datos por mera pureza metodológica, indicando que en estas disciplinas están vedadas las explicaciones y que hay que aspirar a la comprensión.

Parafraseando a Torres (2016), revivir y comprender serán elementos esenciales en cuanto a lo interpretativo. Y ese revivir desde la otra persona es fundamental en el ámbito de la comprensión del periodismo y lo periodístico, de su hacer y pensar, pues lo vivido por los sujetos –como diálogo entre personas protagonistas de la vida– lo dota de un carácter histórico que no puede ser reducido a una cosa; así como expresiones humanas como las emociones –puntos clave en la semiología psiquiátrica– no pueden ser reducidas a juicios científicos meramente

explicativos. Precisamente, esto último ha sido una de las discusiones más repetidas a lo largo de la historia, no solo en el campo específico de la psiquiatría, sino de la medicina en general, en la medida en que las fuerzas entre un abordaje humanista y uno científicista se han repartido de formas similares⁵.

Una vez enunciada la posible relación entre el concepto de comprensión –en su definición holística– con el concepto de periodismo y el de enfermedad mental, es momento de abordar el reportaje literario como un espacio de comprensión de las narrativas de vida de las personas con enfermedades mentales.

Así es como el planteamiento de Graf Dürckheim (citado por Bollnow, 1969) acerca de que “el espacio concreto es distinto según el ser cuyo espacio es y según la vida que en él se realiza”, y lo ya señalado sobre cómo las diferentes formas de habitar están conectadas a la cultura del sujeto y al habla que lo representa, se convierten en acercamientos reproducibles para el concepto de reportaje en la medida en que este se desarrolla conforme a las formas propias del ser que en él se escribe y según a las narraciones de vida que en él se instalan.

Esta relación obliga a pensar en el reportaje como un concepto vivo en el cual las narrativas humanas suceden –más allá de registrarse, porque el reportar es un proceso–, a la vez que permite considerarlo como un espacio que contiene otras narrativas de vida que, en este caso, son provocadas por las relaciones con el espacio. En este sentido, un concepto que contiene dentro de sí la sustantividad del otro, no puede ser pensando en términos diferentes a instalación espacial y dinámica de vida.

De esta manera, el reportaje en tanto espacio vivo, es una apuesta por superar el dualismo eterno de la explicación y el comprender tanto desde el campo periodístico como desde el de la psiquiatría, pues permite conciliar –comprensivamente– esa división de las ciencias que viene alimentando desde finales del siglo XIX la idea de una hermenéutica que, especialmente interesada en comprender a los individuos desde sus acciones, experiencias y motivaciones internas, nada tiene que ver con el quehacer de la psiquiatría, regularmente abordada como una (más) de las tantas disciplinas positivistas encargadas de explicar la naturaleza de los organismos en términos causales.

Por su parte, Cely (2014), afirma que

el problema del conocimiento de las otras mentes devino particularmente problemático a partir de la filosofía cartesiana. Pues, si de la única mente de la cual se tiene conocimiento

⁵ Aunque el propósito de este artículo no es ahondar en este antiguo debate, es preciso aclarar que, desde la mirada comprensiva que se propone y la relación de esta con el reportaje literario, la visión que se defiende es la de una psiquiatría que, haciendo justicia a la comprensión como método y como forma intersubjetividad, acude a las interpretaciones que ofrecen ambas corrientes.

directo, infalible e incorregible es la mente propia, ¿cómo podemos acceder o conocer la mente de otros con algún grado de certeza si a ellas solo tenemos un acceso mediado, falible y sujeto a error?

Si bien este problema pone de manifiesto las barreras ontológicas de comprender en forma absoluta al otro, el reportaje literario, con toda su metodología, se convierte en una artillería de resistencia compuesta por el deseo de “conocer, descubrir y relatar, no solo con el cerebro, sino también con el corazón, con todos los sentidos, y en los múltiples tiempos y espacios” (Osorio, 2019).

Como efecto de este deseo, el reportaje literario alberga la capacidad de desarrollar esas narraciones que, más allá de ser productos literarios o periodísticos, son fragmentos espaciales de vida que encuentran una forma de permanecer gracias al poder testificante del periodismo. Así, el reportaje literario, con su capacidad explicativa pero también comprensiva, se convierte en la vía ideal para abordar un asunto como la enfermedad mental, que también necesita ser atravesada por dosis iguales de explicación y comprensión, en la medida en que, incluso tras años de prácticas médicas, se sigue insistiendo en la importancia de ser –además de bien tratada– entendida, narrada y visibilizada.

En la tarea de recurrir al reportaje literario como una forma de comprensión de la enfermedad mental, este opera como un espacio dispuesto para que la comprensión se despliegue en la metodología y construcción misma del relato periodístico/literario, así como en el problema humano de fondo; siendo necesario que se provea una “información en esencia subjetiva de la vida entera de una persona, [que] incluya su relación con su realidad social, los contextos, costumbres y las situaciones en las que el sujeto ha participado” (Chárriez, 2012). Esto, además, coincide con las dimensiones que Pérez (2000) propuso para abordar las narraciones de vida: aspectos básicos biológicos, culturales y sociales, que permitan ubicar al sujeto en un contexto que lo influye. Puntos de inflexión o giro que alteran de manera contundente la vida del sujeto y, por consiguiente, sus formas de respuesta. Y, finalmente, adaptación –o no– y la relación de esta con la forma y velocidad en que el nuevo estado de vida aparece.

En este sentido es que se plantea la narración del espacio como la narración de la vida para alguien con enfermedad mental, pues esta condición es algo que se manifiesta en un cuerpo que, a su vez, se encuentra dispuesto en referencias espaciales que terminan siendo lugares discursivos de la existencia, en los que la comprensión opera como método en medio de un proceso intersubjetivo. En *Viaje al manicomio* se encuentra un ejemplo magistral de esta idea, pues Millet abre su obra con una dedicatoria simple pero poderosa: “Para los que han estado ahí”⁶, una oración que permite ver cómo los lugares se convierten en espacios para la

⁶ La edición que se consulta es la publicada por Seix Barral en 2019, con traducción del inglés a cargo de Aurora Echevarría y prólogo de Mar García Puig.

narración; no solo relacionando el «ahí» con el espacio físico donde la vida se instala, sino con el espacio narrativo en el que la vida ocurre, aquel en el que lo que importa son los cómo y porqués, las relaciones entre sujetos y los métodos para relacionarse. Asimismo, anuncia la disposición de que estas narraciones sean conocidas por otros, en honor a ellos, como signo de comprensión de sus sufrimientos y desesperanzas, así como de preservación de la infamia humana, con el objetivo de que la vida siga siendo a pesar de la muerte y el olvido.

Así pues, desde una visión general, la discusión sobre el papel de la comprensión en el campo periodístico se convierte en un ejercicio tan necesario e importante como lo son la aplicación de ciertos principios técnicos y éticos en la práctica periodística, y el rigor de las teorías en los movimientos que elevan el periodismo a un grado epistemológico. Finalmente, este diálogo entre diversos paradigmas, saberes y prácticas abona terreno para hablar, públicamente, de una aproximación y comprensión de la enfermedad mental, a la vez que hace del reportaje literario un acto mismo de visibilización y testificación del silencio, la compasión, lo incomprensible e inaceptable. Comprensión, en el campo periodístico, podría usarse como sinónimo de humanidad.

Referencias bibliográficas

Agudelo Rendón, Pedro. (2019). El interpretar en el camino de la comprensión: hacia una semiohermenéutica desde CH. S. Peirce Y H. G. Gadamer. *Folios, Revista de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia*, (39), 147-156. Recuperado a partir de <https://revistas.udea.edu.co/index.php/folios/article/view/338471>

Bollnow, Otto. (1969). *Hombre y espacio*. Barcelona: Labor.

Cely, Flor. (2014). Intersubjetividad: entre explicación y comprensión. *Revista Colombiana de Psiquiatría*, 43 (1). Recuperado de [http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0034-74502014000100009#:~:text=El%20comprender%20equivale%20a%20una,solo%20se%20ve%20desde%20fuera%C2%BB](http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0034-74502014000100009#:~:text=El%20comprender%20equivale%20a%20una,solo%20se%20ve%20desde%20fuera%C2%BB.). [27.04.2021]

Cía Lamana, Domingo. (1999). La filosofía narrativa. *A Parte Rei: Revista de Filosofía*, 6 (3).

Cornejo, Marcela. (2006). El enfoque biográfico: trayectorias, desarrollos teóricos y perspectivas. *Psykhé*, 15 (1).

Chárriez, Mayra. (2012). Historias de vida: Una metodología de investigación cualitativa. *Revista Griot* 5 (1). Recuperado de <https://revistas.upr.edu/index.php/griot/article/view/1775/1568> [20.03.2021].

Droysen, Johann. (1983). *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia*. Barcelona: Alfa.

- Esquisabel, Óscar. (2001). Lenguaje, acontecimiento y ser: la metafísica del lenguaje de H. G. Gadamer. Cuadernos del Sur, Filosofía, (31-32). Recuperado de http://bibliotecadigital.uns.edu.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1668-74342001001100004&lng=es&nrm=iso [27.02.2021].
- Foucault, Michel. (1968). Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas. México: Siglo XXI.
- Foucault, Michel. (1996). De lenguaje y literatura. Barcelona: Paidós.
- Gadamer, Hans-Georg. (1990b). Obras completas 2. Tubinga: Mohr.
- García, Inés. (1999). Foucault, filósofo del espacio. Versión Estudios de Comunicación, (9), 43-68. Recuperado de <https://versionojs.xoc.uam.mx/index.php/version/article/view/130/130> [13.03.2021]
- Guattari, Félix. (1992). Caosmosis. París: Galilée.
- Hoshmand, L. (1996). La narrativa personal en la construcción comunal de sí mismo y los asuntos vitales. En: G. Neimeyer (Comp.). Evaluación constructivista. Barcelona: Paidós.
- Macionis, John y Gerber, Linda. (2010). Sociology. Pearson Education.
- López, T. (2009). Comprensión. En: R. Reyes (Ed.). Diccionario Crítico de Ciencias Sociales. Terminología científico social. Madrid-México: Plaza y Valdés.
- Losada, Flora. (2001). El espacio vivido, una aproximación semiótica. Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Jujuy, 17, 271-294.
- Osorio, Raúl. (2019). La entre-vista encuentro como método del reportaje. Revista Paradoxos, 4 (2), 101-115. DOI: 10.14393/par-v4n2-2019-52192
- Pérez, Gloria. (2000). Investigación cualitativa: Retos e interrogantes. Técnicas y análisis de datos (3). Madrid: La Muralla.
- Ricoeur, Paul. (2002). Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ricoeur, Paul. (2004). Tiempo y narración, vol. 1: configuración del tiempo en el relato histórico. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Ricoeur, Paul. (2006). Del texto a la acción. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ricoeur, Paul. (2006). La vida: un relato en busca de narrador. *Ágora*, 25 (2), 9-22.

Salas, Mainor. (2005). La explicación en las ciencias sociales: consideraciones intempestivas contra el dualismo metodológico en la teoría social. *Reflexiones*, 84 (2), 51-60. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/729/72920803004.pdf> [25-04-2021]

Torres, Iván. (2016). La hermenéutica de Dilthey como método de comprensión del sujeto histórico: fundamento de una teoría de la gerencia educativa venezolana. *Saber: Revista Multidisciplinaria del Consejo de Investigación de la Universidad de Oriente*, 28 (3), 608-614. Recuperado de http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1315-01622016000300018&lng=es&tlng=pt. [26.04.2021]

Wittgenstein, Ludwig. (1986). *Investigaciones Filosóficas*. Barcelona: Crítica.